

ESTAMPAS DE ESPAÑA.

GOYA Y LA ERMITA DE LA FLORIDA



ESTUEN tiempo trae buena sonrisa. En sazón de la primavera, el Madrid castellano que conserva en sus arterias la sangre, cáida de las tradiciones, voca con clásica verena la sombra genial púresca de Goya, riase que el espíritu gran pintor arañado y cortésano en sus telas y tapices, no abandona las riberas del Manzanares, como si las majas y chisperos immortalizados por su arte, resucitasen en cada floración primaveral, a modo de penales gentílicos, de amables dioses familiares, que extienden sobre el paisaje alegre, estremecido de organillos y cachelones, la sonrisa galante de su presencia.

La verbena de San Antonio de la Florida se celebra junto a la ermita de este nombre, en la arbolada carretera de El Pardo. San Antonio, el taumaturgo de Padua y D. Francisco de Goya y Lucientes, el taumaturgo de Puendetodos, se contemplan ruda uno desde su ermita, en una peregrina comunión de lo místico y lo cotidiano.

Goya, con su frente henchida, cual si el mágico conjunto de los "Caprichos" bulliese en ella, con sus cejas fuertes y pobladas, con su excrecencia de genio alzado por la sordera, en un gesto que hermana su rostro al de Beethoven; con la levita de amplias solapas, la espumosa chorrera de encajes sobre el pecho y el típico chistero gris, colado entre mechones de rebelde cabello, surge en perfiles avocadores frente al Manzanares, en cuyas aguas reflejaronse los rostros femeninos que dio a los ángeles de sus inmortal frescos. Ya no es el río rústico, campesino, que abrazaba a Madrid con alas de palurdo. La estampa desahogada, fugareña, pero tan pintoresca, se ha urbanizado, y hoy la corriente, lenta en su discurrir, se desliza entre rígidas riberas de cemento municipal.

En este paraje existía en el siglo XVII una ermita en la que se detenían a rezar los trajinantes que llegaban a la villa y corte de los pueblos aledaños. Buen cobijo en el invierno, el aventado la celicela del Cuadarrama, y fresco amparo en los calurosos días vernales. Derrochada la ermita por el tiempo, edificóse otra en el mismo sitio, al finalizar el siglo XVIII. Goya era ya un pintor célebre, que había merecido la pro-

tección del infante D. Luis, hermano del Rey Carlos III, y del astuto ministro Floridablanca.

Era el retratista de las bellas damas cortesanas y de las mujeres hermanas del pueblo, pues ningún pintor de su época tuvo tal sentido de democracia. De los retratos de la familia real, de los rostros augustos de los duques de Osuna, saltaba a "La famosa posadera de San Isidro" o a la freacachona "Librera de la calle de Carretas".

Historiador de su época, interpreta a la nobleza en obras admirables como "Los retratos de la duquesa de Alba" y de la condesa de Haro pero también pintó a "La Tirana" al torero Pedro Romero, y cual síntesis de los majos madrileños perpetúa la maja pequeña y fina de cuerpo, ya desnuda, carnal, con los brazos en ams, o ataviada con larga falda transparente, alto corpiño y bolero de negros madroños.

Sin embargo, Goya tenía otros dos aspectos: el patriótico y el religioso. Los fusilamientos de la Moncloa y la invasión de los mamelucos bonapartistas, encuentran en su paleta los tonos más violentos: negro el duelo y carmin de sangre. En el Pilar de Zaragoza y en la nave mayor de San Francisco el Grande, deja pinturas de mística inspiración.

En 1798, decora la cúpula de la ermita del Manzanares, y la humilde capilla barroca se convierte en retuario madrileño.

El fresco principal representa un milagro: la resurrección de un muerto. El santo de Padua hace volver a la vida a un nuevo Lázaro, para que revele el nombre de su asesino librando así San Antonio a su propio padre, el capitán lusitano Martín de Bulloes, de la inculpación que sobre él pesaba.

Es algo perentorio en cuanto a la composición y el color. Pero Goya, demasiado humano, habituado a las fiestas de la Pradera de San Isidro y a los bailes castizos, como el vito, que allenta en una de sus telas: amoroso y sensual, antes que místico, pinta en torno del santo a gentes del pueblo, a mujeres de mantilla, rebosantes de vida, y entremezcla las alegorías de la cúpula con ángeles que tienen rostros y formas de mujer. Estas ángeles, como las llamó el crítico Araujo, tienen la boca carnal y promiscua, y en sus ojos de anchas y dilatadas pupilas, ojos lucientes y negros como el azabache, brilla una malicia juvenil que hace de ellas nuevas majas retozonas y alegres.

Estas celeberrimas pinturas han hecho de la ermita de San Antonio de la Florida un santuario de renombre universal. Estas ángeles, madrileñas y guapas como la duquesa de Alba, tienen un aire ambiguo, un sonreír de hules y el arte ha salvado con curiosidad y admiración estos conubios entre lo pagano y lo místico entre el Olimpo y el Cielo.

Y del amor que Madrid profesa a estas exhermaciones murales, surgió la idea de edificar otra ermita, frente a frente, al borde de la carretera, gemela hasta en los más mínimos detalles de su construcción. De lejos se confunden. Unicamente la pétila del tiempo acusa el semblante envejecido de la ermita primitiva.

Como una madre y una hija, semejantes por ley de la naturaleza, pero expresando cada cual su edad.

¿Para qué esta nueva ermita? Más de un siglo se ofició misa en la capilla de la ermita antigua, tanto en domingo como en otras festividades. El humo de los cirios, la atmósfera caldeada de luminarias, iban destruyendo lentamente las portentosas pin-

por
Edgardo Garrido Merino

ta Bayeu, sienta la cabeza, y tiene veinte hijos, de los cuales le sobrevive uno solo. Dada su condición ena-

la historia nada sabe si Goya fué correspondido — perduran retratos de la duquesa de Alba, que gozan de universal renombre. ¿Quién no ha visto aquél en que la hermosa dama luce traje de maja con corpiño amarillo, y encuadra el rostro en negra mantilla? Y ese otro, tan limpio de color, tan delicado de trazos, con el corpiño alto, modelándole el seno

las frases ingenuas y amables que la linda duquesa teje ágilmente con sus manitas, Goya las besa repetidas veces con fervorosa unión.

¿Idilio? ¿Por qué no? Lo que comenzó por ser una coquetería bien pudo derivar en un amor verdadero. El puritanismo, el afán de mesura y el respeto a la alta alcurnia de la dama, ha hecho que algunos historiadores de arte pongan en tela de juicio estos amores entre la duquesa y su enamorado, pero la leyenda cobra arraigo en la tradición popular y es tan fuerte que nadie puede desmentirla.

En 1828, al conmemorarse el centenario de la muerte de Goya, acaecida en Burdeos, surgió un aluvión de libros y estudios sobre la vida del prodigioso autor de "La maja desnuda". Unos rechazan la posibilidad de esos amores, pero otros la acogen, documentándola con la exhumación de datos que obligan a pensar.

Goya tuvo una sangre apasionada. En su juventud es torero y sabe de los peligros del arte de Castillares y Cúcharos. Se enreda en aventuras amorosas y tiene lances difíciles de los que sale mediante su valor y audacia. Viril, entero; recto hasta los ochenta y cinco años, ¿quién ha de extrañarse de que antes de los sesenta pudiera conquistar a una mujer, cansada de las frivolidades de su ambiente?

De los retratos de la duquesa de Alba, que se conservan espiritualmente, delicados, en los que Goya pone toda su ilusión de enamorado platónico, se deduce que en la época en que fueron pintados, el viejo pasional respetaba a la modelo, aureolándola de admiración. No así en los cartones de los "Caprichos" y en los varios apuntes que trazara durante el viaje que juntos hicieron a Sanlúcar de Barrameda. En uno de ellos la duquesa duerme la siesta, en otro es sorprendida en la actitud demandada íntima de ponerse las legas, luciendo por tanto las piernas.

En la sonrisa de la duquesa flota una provocación. Otro dibujo la representa dando de comer a un negro, en el camino; otros en actitud de leer, de escribir. De todos estos esbozos se desprende un aire seductor. Están fuilitrados de sensualidad; hablan de una apertencia íntima, pues de lo contrario, la duquesa no hubiera tolerado tales confianzas.

El rostro de la amada aparece en los "Caprichos" con frecuencia. Goya la convierte en su modelo predilecto y constante.

Si hubo amores correspondidos, debieron ser tristes y accidentados. Los celos devorarían el alma del genial sordo, y es por ello que brotan en los dibujos simbolizados por terribles monstruos. De esta lucha del artista con la mujer coqueta que le enardecía y se tascabulle, hay huellas en los motivos que abrumaban la imaginación del pintor. Como Paulina Bonaparte, posando desnuda ante Cánova, que la immortaliza en su célebre escultura, la de Alba no vacila, comprensora de que la posteridad esté en la paleta de Goya, y se ofrece como modelo, según la tradición. Pero su juventud y su coquetería ingénita martirizan a Goya. "Sueño



de la mentira y de la monstancia", titula a uno de "los caprichos". Al fondo, un castillo, que bien puede simbolizar su amor sin esperanza. A un lado, una bruja, que representa quizá los tormentos del deseo insatisfecho, y la duquesa, con dos rostros y alas de mariposa en la cabeza. Estos dos semblantes acausan el doble juego espiritual en que la duquesa tuvo a Goya. Una gata con un ratón. A veces placerosa, condescendiente; después olvidada, indiferente, apática. Y sobre la cabecita voluble, las alas de mariposa, que hablan del carácter tornadizo, volátil de la amada.

Años más tarde, Goya se refugia en su quinta, que el pueblo llamó la "quinta del sordo". En las paredes, a modo de frescos, pinta a la duquesa en arrebatos pasionales. Aun ante la brasa en sus entrañas. La duquesa solía visitarle en ella, y los ojos de Goya lucían iluminados bajo las foscas cejas, mientras las manos ducales hablaban en signos de otros tiempos que volaron entre "caprichos", dejando sobre las almas un rastro de melancolía.

Ha transcurrido mucho más de un siglo, pero Goya y la duquesa de Alba no han muerto. Resucitas cada año a la sombra de la ermita de San Antonio de la Florida. Son alma del pueblo, canción de agua fresca en el Manzanares, rumor sentimental en el piano de manubria. Ella es la maja, que aun sonríe en labios de mujer madrileña. El es el español castizo, que va a los toros y baila el schotis en los merenderos...

¿Se amaron o no se amaron? ¿Fue correspondida la pasión del artista? La duda misma impregna la leyenda de mayor romanticismo. El pueblo todo lo sabe y todo lo ignora. A despecho de los historiadores, por encima de la fría razón triunfa la fantasía. Para los que creen a pie juntillas en tales relaciones, Goya es el representado por el escultor Benlliure en el monumento alzado en Madrid a su memoria: cedido, fuerte, rudo, bajo el chistero de ancha copa. En el pedestal, en refugio, donosa reproducción de la maja desnuda. En el gentil cuerpoceño de la manito, ve el pueblo encarnada a la propia duquesa de Alba. No fué así. Ignorada modelo, venusta moza de los barrios bajos, debió inspirar la famosa tela, pero la tradición persiste en que esa la duquesa está mujer sin velos que acompaña al genio más allá de las fronteras del tiempo.



turas. Era preciso salvarlas, pero para ello hacíase necesario suspender el culto a San Antonio. La tradición y el arte encontrábase ante un problema. Y vino la Academia de San Fernando a conciliar los dos cultos: el del Santo de Padua y el de D. Francisco de Goya. Se edificó la nueva ermita, y en ella se celebran las misas y actos religiosos, propios de la proverbial devoción a San Antonio de la Florida. La ermita vieja ha quedado como recuerdo del genial pintor. Allí su tumba, en la que reposan sus restos, traídos desde Burdeos, donde murió a los ochenta y cinco años. Velando su sueño de artista, de español ferviente y de hombre apasionado, están en la alto de la iglesia las ángeles, con sus alas protectoras que parecen modelar un bote de senos en la curva del pecho; las mujeres de pupilas brillantes bajo las mantillas. Y una luz única, peregrina, alimentada de aceite en rojo vaso de cristal, arde en su memoria como una flama votiva.

Goya fué apasionado y aventurero en lides de amor. Muy joven, huye de Zaragoza por enredos de seducción en los que participa la justicia. En Madrid, reinclide, y por burlar a una doncella, parte a Italia, donde alcanza sus primeros triunfos de pintor. Casado, años más tarde, con Jose-

moradiza y su trato con majas, artistas de teatro y algunas castizas que posaron ante su caballete, hubo de tener, sin duda, otras aventuras.

Muy pasada la cincuentena conoce Goya en Andalucía a la duquesa de Alba. Era una bella mujer, de cuerpo perfecto, llena de gracia y sutil picardía. Sonríe a D. Francisco tras el país colorido de su abanico, coqueta inconscientemente con el hombre rudo y fuerte, burlesco en el aspecto, pero sensible al amor, como un doncel. Ante Goya en una pasión tardía, casi senil. Ya no ve nada sino es a través de los ojos profundos y oscuros de la duquesa maja.

La de Alba, pese a su refinada aristocracia, ama las diversiones del pueblo. En noches de verbena suele salir embozada de su palacio en compañía de alguna criada de confianza, para presenciar el alborozo de majas y chisperos. Ríe embozada a los requiebros que despierta su cuerpo fino y cimbreante.

También prestigia con su asistencia las corridas de toros, y bate palmas en honor de Pedro Romero. Encarna el alma de Madrid. Es síntesis espiritual de su tiempo, y Goya ama en ella todo lo que anima la pradera y los contornos del Manzanares. La duquesa es el motivo constante de sus inspiraciones.

De estos arrebatos de enamorado—

a modo de estatuas helénicas, caída la falda de blanca muselina en pliegues suaves; la mano izquierda suscitando un libro; el tocado en rícos sobre un hombro, la boca pequeña y golosa, los ojos negros, de anchas pupilas lucientes.

Por esa época sufre Goya la enfermedad que le deja sordo. Es, sin duda, cuando su carácter se hace taciturno y su humor crea los célebres cartones que el mismo intitula "Caprichos". "El sueño de la razón produce monstruos", dice el pintor al pie de una de aquellas atormentadas aguafuertes, en las que se entrega a un simbolismo escriptano, digno de la filosofía de Hamlet.

Consignan los cronistas de su tiempo un viaje a Sanlúcar de Barrameda del Sordo ya, el genial artista tiene sin embargo, una deliciosa compañía: la duquesa de Alba. Iba la hermosa dama desterrada a una de sus posesiones andaluzas, por razones palaciegas.

Goya, apasionado, sabe haberla grato el camino de su destierro. Los ojos del aragonés expresan con elocuente su admiración. La duquesa, halagada por ese amor extraordinario, aprende a hablarle con las manitas. Es un diálogo original el que entablan sus finos dedos. Las cejas de Goya se tornan hispídas como si quisieran subrayar la intención de sus largas miradas. Y para premiar